

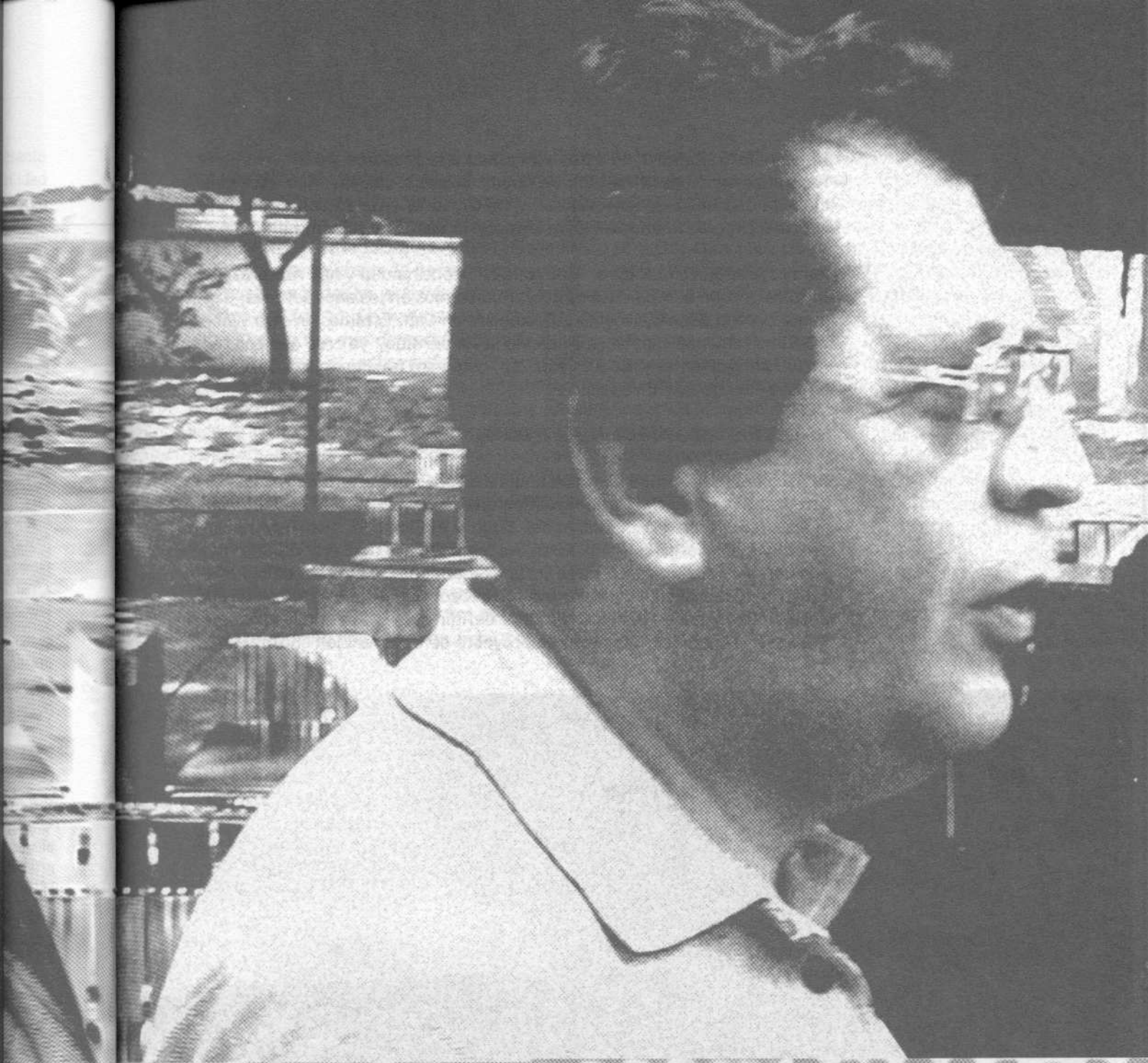


LA PANTALLA DOMESTICADA

(ENTREVISTA A RAMIRO ARBELÁEZ)

Por Hernán Toro
Profesor Titular

Director del Grupo de Investigación en Periodismo e Información
Escuela de Comunicación Social
Facultad de Artes Integradas
Universidad del Valle, Cali, Colombia
herntoro@univalle.edu.co



DA
EZ)

Toro
titular
ación
Social
gradas
ombia
du.co

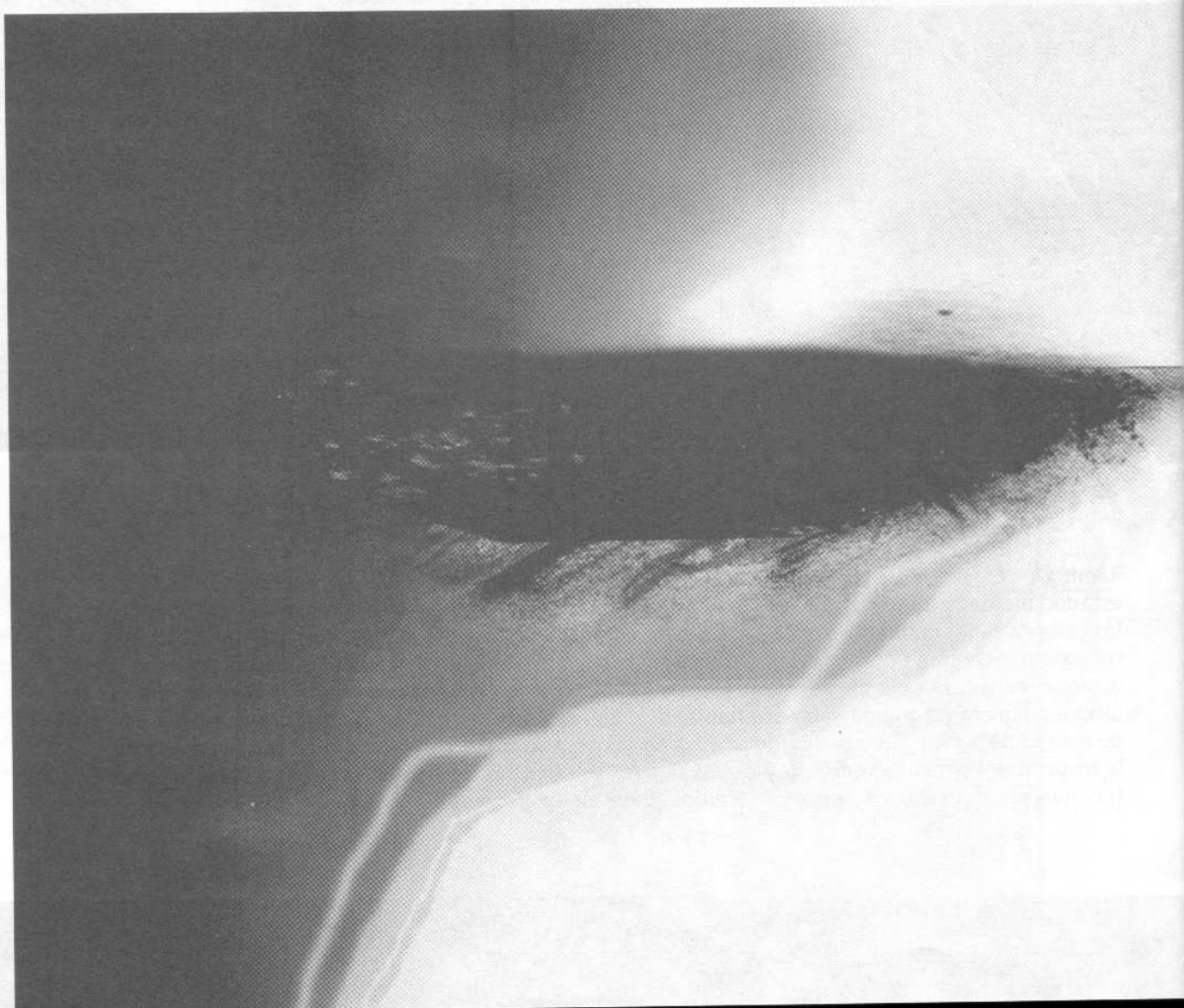
Ramiro Arbeláez, profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle, ha estado vinculado a la historia del cine club en Cali desde finales de los años sesenta y comienzos de los setenta tanto como promotor y agente de este tipo de organizaciones como de intelectual que reflexiona acerca de esa práctica. Su competencia para pensar el cine y el video es reconocida nacionalmente. El cine club de la organización cultural *Lugar a Dudas*, en la ciudad de Cali, es su última empresa (cronológicamente hablando). La presente entrevista ha querido adelantar, a partir de esta experiencia, una reflexión acerca de las continuidades y discontinuidades reconocibles en la historia del cine club en Cali, y de los nuevos desarrollos derivados del nuevo paisaje social y tecnológico en el que estamos sumergidos (para bien y para mal).

Hernán Toro: Ramiro, tú estás vinculado a la creación y al funcionamiento del cine club de *Lugar a Dudas*. ¿Se inscribe este cine club en una línea de continuidad o de ruptura, o de continuidad y de ruptura simultáneamente, con la historia del cineclubismo en Cali?

Ramiro Arbeláez: Yo sí creo. Creo que hay continuidad y hay ruptura. Hay ruptura porque el momento es otro. No estamos en los años setenta, punto cenital del movimiento cineclubista en Cali. Estamos en otro siglo, y definitivamente la palabra cine club se ha perdido, yo creo que con toda razón. Aunque en sentido más estricto, esto está funcionando más como un cine club de aquella época.

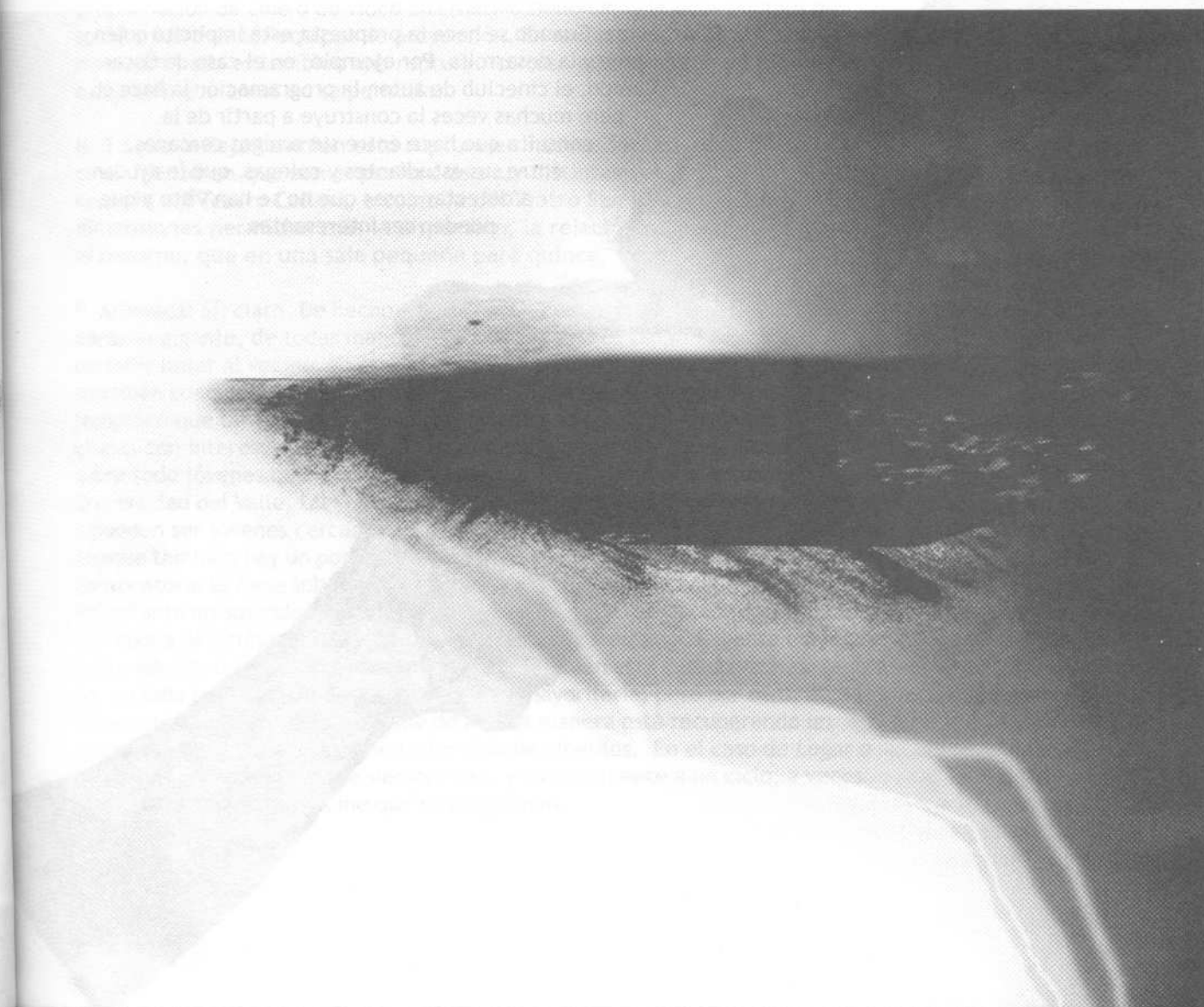
H. T.: Estás hablando de *Lugar a Dudas*.

R. Arbeláez: Sí. Cuando hablo de aquella época, me refiero a los años setenta, a los cine clubes que existían en esa época: el *Cine Club de Cali*, el *Nueva Generación*, el *Cuarto del Búho* y el *Cine Ojo*, que tuvieron una presencia más larga en Cali. Yo creo que en el caso de *Lugar a Dudas* hay que contextualizar porque no se trata exactamente de un cine club. La contextualización tiene que ver con todo el concepto del trabajo cultural que está haciéndose allí. Si me tocara definir qué es este sitio, Lugar a Dudas, yo diría que es más bien un proyecto de intervención cultural en la



ciudad. La forma como se trabaja, que es lo que me parece novedoso, ha roto con las formas de trabajo cultural de muchas instituciones en Cali, de muchos museos, de muchas salas de exhibición, de muchas instituciones educativas que se especializan en arte. Allá se trabaja sobre todo con el concepto de *curadurías*, de "curadurías" en plural. Es decir, no se trata, como ocurría antes, de que un grupo de personas dirigían un lugar y ellas mismas programaban todas las actividades y elaboraban toda la concepción artística (o del tipo que fuera). Se trabaja con *curadurías* precisamente para que la participación sea más democrática, más abierta. Si hay una idea de proyecto, esa idea se pasa al sector artístico o cultural, se abre una convocatoria y se reciben propuestas. Esta manera de trabajar las actividades artísticas también se hace en términos de la exhibición cinematográfica, o de la exhibición videográfica. Es decir, se oyen propuestas de los grupos interesados o se invita a participar en la elaboración de proyectos a los grupos o personas conocidas, que de antemano se sabe que tienen ideas novedosas en algún campo artístico asociado a las artes plásticas o a los audiovisuales.

Lo que me parece interesante es que se trata de un sitio que permite hacer cosas, no necesariamente hechas por la Fundación o por los directores de la Fundación, sino que propicia y permite que grupos y personas hagan trabajo artístico, trabajo cultural. El caso del cine entra en esa concepción. Primero se comenzó con una propuesta de ciclo, con exhibiciones semanales, que la

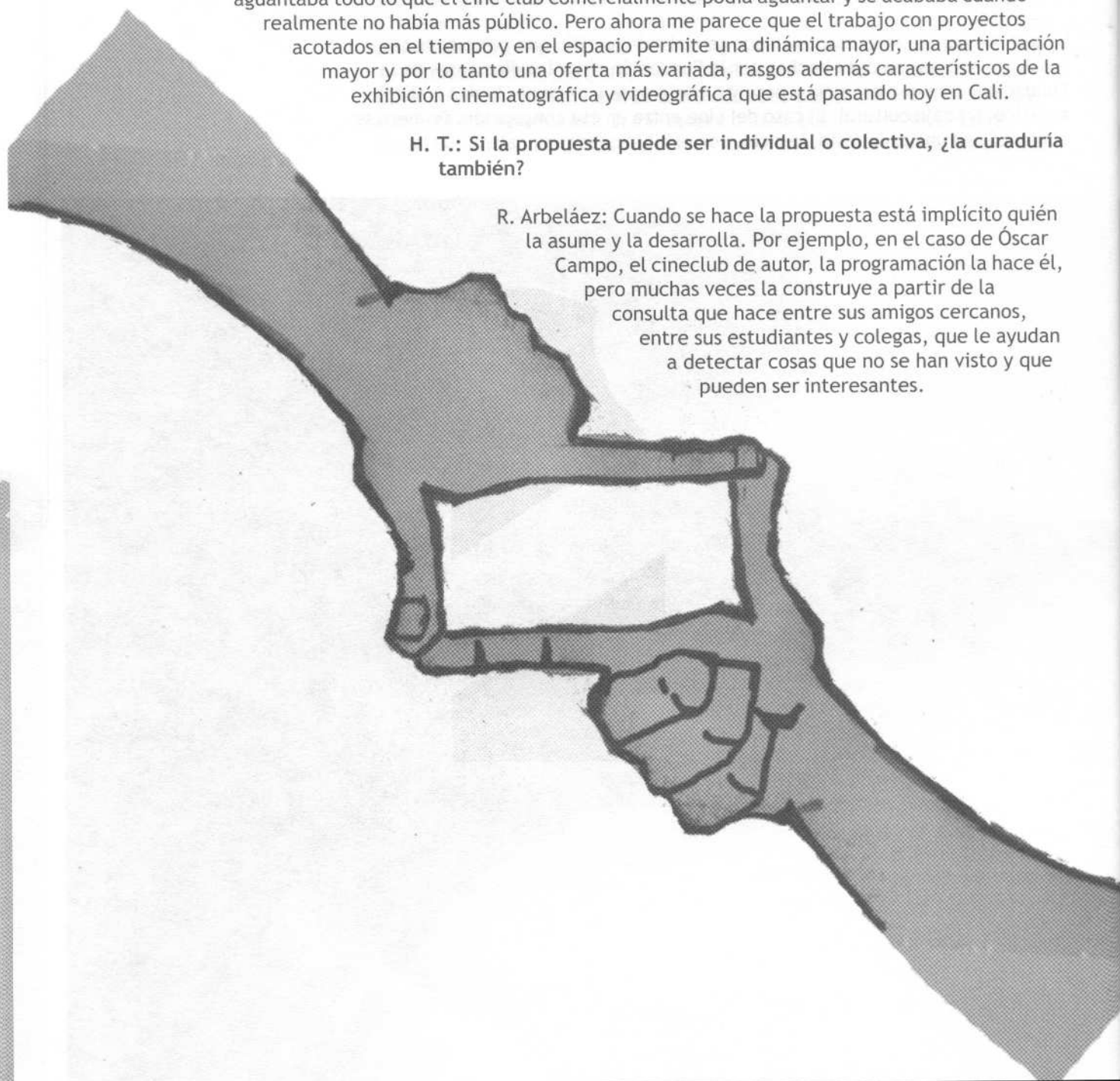


elaboré personalmente porque se me llamó a pensar el cine para *Lugar a Dudas*. Pero casi inmediatamente el lugar se hizo conocido porque dejaba hacer cosas, y sobre todo que jóvenes que no habían tenido ninguna experiencia o trayectoria artística en el campo de organizar eventos pudieran hacer propuestas; si la propuesta era interesante, pertinente y práctica, pues se hacía. Muy pronto llegó la propuesta del cine club *Suburbia*, compuesto por un grupo de personas vinculadas, la mayoría de ellas, a la Universidad del Valle. Propusieron un tema y una forma de trabajo, y se le adjudicó un día a la semana. Ha ocurrido igual con todos los días en los que se ha ido exhibiendo cine en *Lugar a Dudas*. Luego Óscar Campo propuso un cine club de autor, que está funcionando todavía los sábados, y luego otras personas propusimos hacer un proyecto que se llama "Valle de película", que es el que se ha desarrollado durante todo el año 2007 y que se termina a finales de diciembre. Son proyectos no planteados a término indefinido, que tienen un comienzo y un fin, y que permiten una cierta dinámica al no comprometerse indefinidamente con un solo estilo, o con una sola concepción del arte, del cine o del video.

Allí es donde está la ruptura. Antes, un cine club estaba programado por las mismas personas, aguantaba todo lo que el cine club comercialmente podía aguantar y se acababa cuando realmente no había más público. Pero ahora me parece que el trabajo con proyectos acotados en el tiempo y en el espacio permite una dinámica mayor, una participación mayor y por lo tanto una oferta más variada, rasgos además característicos de la exhibición cinematográfica y videográfica que está pasando hoy en Cali.

H. T.: Si la propuesta puede ser individual o colectiva, ¿la curaduría también?

R. Arbeláez: Cuando se hace la propuesta está implícito quién la asume y la desarrolla. Por ejemplo, en el caso de Óscar Campo, el cineclub de autor, la programación la hace él, pero muchas veces la construye a partir de la consulta que hace entre sus amigos cercanos, entre sus estudiantes y colegas, que le ayudan a detectar cosas que no se han visto y que pueden ser interesantes.



H. T.: ¿No crees, Ramiro, que la ruptura se puede expresar también en las características del espacio de exhibición?

R. Arbeláez: Claro. Tienes toda la razón, eso lo olvidaba. Ya de por sí el espacio es ruptura en muchos sentidos y para muchos tipos de actividades artísticas. Lo bueno en relación con el cine y con el video es que es una sala que puede simular fácilmente la vieja proyección de sala oscura, pantalla grande y disfrute colectivo. Claro que en unos términos más reducidos. A la sala más grande le caben más o menos cuarenta y cinco, cincuenta personas; pero también hay la posibilidad de armar muy rápidamente una sala alterna, donde caben unas treinta personas, y una tercera sala (que ahora se llama *sala de estar*) para un máximo de quince personas que dispone de una pantalla de televisor plano HD de 42 pulgadas. Esta flexibilidad permite adecuaciones hasta para cien personas, aproximadamente. Y lo contrario: ante una afluencia inferior a la prevista, se puede deshabilitar la sala grande y armar una más pequeña, y usar distintas tecnologías. Es, sin duda, una condición propia de la época. La facilidad que están dando las nuevas tecnologías, con el DVD y con los proyectores de video que están al alcance de más personas, que se han vuelto más económicos, y ahora con los televisores planos, permite que una institución pueda dotarse muy bien de estas tecnologías y permitir esa rotación. Pero no sólo con la imagen, sino con el sonido, que también es muy avanzado. En una sala buena ya tienes un sonido de 5.1, o sea seis parlantes funcionando en todos los puntos cardinales. Casi todas las instituciones de Cali que están ofreciendo programación de cine o de video alternativo tienen muy buenos equipos de sonido, fuera de los equipos de proyección. En realidad estamos en otro momento y eso es también una ruptura. La casa misma ofrece un tipo de exhibición que antes no se permitía.

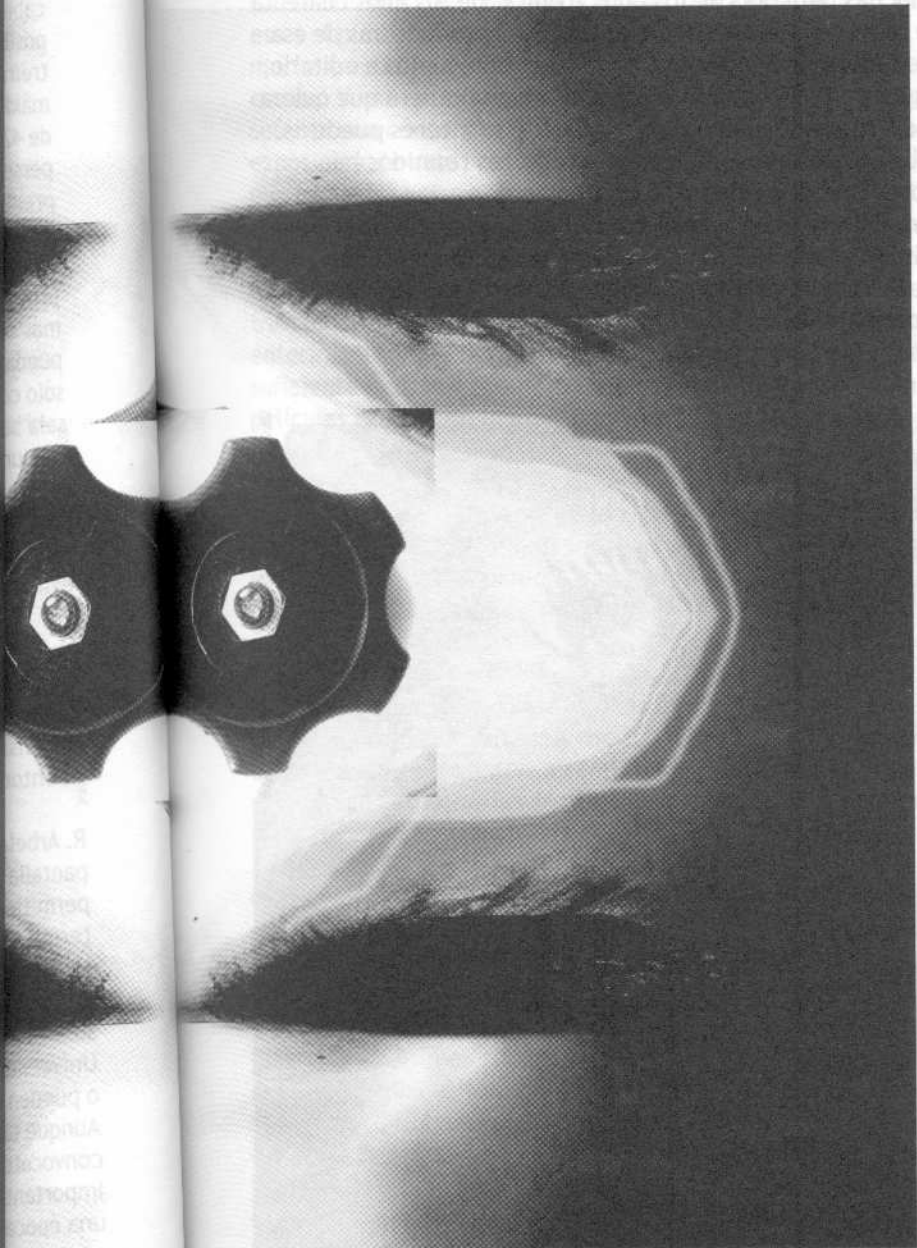
H. T.: ¿Se refleja también esta ruptura en nuevas formas de consumir el cine? Pienso en que son experiencias muy distintas ver cine en una sala como la del Teatro Calima, o como la del Teatro San Fernando, cuyas dimensiones permitían más la dispersión, la relación un poco más rota con el entorno, que en una sala pequeña para quince, veinte personas.

R. Arbeláez: Sí, claro. De hecho, aunque se simula la proyección de sala oscura y pantalla gigante, de todas maneras la oscuridad no es tan intensa como para no permitir mirar al vecino. Yo creo que los que terminan yendo a este tipo de salas terminan conociéndose; se vuelven clientes de la sala y de alguna manera, más temprano que tarde, hay una interacción entre ellos. Se va formando, creo yo, grupos con intereses comunes. En estas exhibiciones de *Lugar a Dudas* van sobre todo jóvenes que están vinculados al Instituto de Bellas Artes, a la Universidad del Valle, tal vez a otras universidades que yo no puedo identificar, o pueden ser jóvenes cercanos al barrio, etc., pero son sobre todo jóvenes. Aunque también hay un porcentaje de personas mayores que van cuando la convocatoria se hace sobre películas que les han significado algún momento importante en sus vidas, un ciclo de cine determinado, un actor determinado, o una época determinada. Se nota que hay también presencia de gente mayor, de gente adulta, que no son estudiantes, y eso también está caracterizando la sala: por un lado la presencia de jóvenes, que es mayoritaria, pero por otro, en un 20% o un 25%, de gente mayor, que de alguna manera está recuperando un momento de su vida, o de su anterior vida de cinéfilos. En el caso de *Lugar a Dudas* hay unos clientes que siempre van, y no solamente a un ciclo, a veces van a todos los ciclos de cine que se programan.

H. T.: Quisiera pedirte una precisión sobre ese aspecto. Si puedes inferir una ruptura en términos de concepto, en términos de espacio, en términos de forma de consumo y, ya lo veo, en términos de público, ¿cómo se expresa de manera más nítida esa ruptura en el tipo de espectador en comparación con el cine club de los años setenta?

R. Arbeláez: Yo creo que hay unas constantes que se mantienen. Sobretudo el hecho de que es un lugar especial; no es una sala comercial a la que puede llegar cualquier persona en cualquier momento. La decisión de entrar a cine para alguien que va a una sala comercial puede surgir después de que sale de comprar unos zapatos, una camisa, o de comerse un perro; está en el centro comercial y de pronto ve que hay películas, que tiene tiempo, y se mete. También sucede que va a cine (sobre todo esto sucede en la juventud) para estar fuera de la casa, para estar con los amigos, con la novia o con el novio. Es una salida programada. En cambio, me parece que aquí, en salas como las de *Lugar a Dudas*, hay una selección; una escogencia definida, se tiene interés por una película, por la programación que se está pasando, de pronto por el tipo de público también porque no se puede descartar que a veces uno va al sitio por el público sin importar lo que presenten, porque de alguna manera ya sabe más o menos qué tipo de actividades se hacen allí. Es decir, es posible que también vaya a socializar, a estar acompañado. En estas salas hay una mayor conciencia de lo que se va a ver, y por lo tanto es un espectador que de alguna manera o es especializado o tiende a la especialización. De alguna forma es un espectador más avezado, un poco más interesado en el lenguaje que va a ver, en el tema que le van a presentar. Yo lo distinguiría del espectador desprevenido, espontáneo, o de aquel que solamente va por entretenimiento a cualquier cosa que pasen. En el centro comercial hay diez o doce salas, entonces entra a la que más le llame la atención, pero previamente no se ha programado para ir a ver algo (aunque en algunos casos sí, cuando se trata de estrenos). Pero en el caso de salas como las de *Lugar a Dudas* siempre hay, de alguna manera, una conciencia sobre lo que se va a ver, y eso hace que sea otro tipo de espectador.





H. T.: Bueno, Ramiro. Digamos que éstas son las formas de la ruptura. ¿Y las formas de la continuidad?

R. Arbeláez: El espacio simula una exhibición de pantalla gigante con sala oscura. Es decir, un lugar donde también tiene que imperar un silencio y un respeto pues se trata de que el espectador pueda disfrutar visual y auditivamente lo que se está pasando, donde ojalá no haya interrupciones. De cierta forma era esto lo que permitían las salas antiguas. Aunque ahora menos pues ellas tienen que subsistir también de lo que venden, en términos de comestibles, lo que para algunos espectadores es una molestia nueva. No se notaba tanto en los años setenta o en los años ochenta porque lo que entonces la gente entraba para comer era mucho más pequeño, se acababa más rápido. Ahora se puede entrar una cantidad de cosas: chorizos, perros, papitas, cosas a las que se le adicionan queso, gaseosas, crispetas, tanto que tienes que usar una bandeja. Creo que sí hay una continuidad por la forma de culto, por la ceremonia que todavía implica la oscuridad; el hecho de estar viendo la película con gente que es ciudadana como uno, o que comparte con uno ciertas cosas, eso la hace cercana a lo que teníamos antes. En eso veo la continuidad: sala oscura y disfrute colectivo.

H. T.: ¿Cómo está la salud de los cineclubes en Cali?

R. Arbeláez: En Cali actualmente existen varios. Dentro de las universidades también. En la Universidad del Valle el más conocido es el de la Cinemateca, pero existen otros en Humanidades y en Ciencias. También hay cineclubes que trabajan por épocas y luego desaparecen. La salud de los cineclubes ahora depende mucho de las instituciones y de los grupos que los programan. En Cali me parece que hay mucha actividad. Ya no tenemos los cineclubes de los años setenta y ochenta, que sobrevivían del dinero que recogían en taquilla; ahora, como ello es imposible, tienen que subsistir por el apoyo de instituciones. En el caso de Cali, sobretudo las llamadas Cajas de Compensación están poniendo su personal, sus equipos y su sala al servicio de un cineclub gratuito. Lo bueno ahora, también para el público, es que todas las exhibiciones son gratuitas. Nadie cobra. Excepcionalmente la Cinemateca de la

Universidad del Valle te cobra una cosa muy simbólica, creo que mil pesos. Eso también es posible, hay que decirlo, y se nos estaba olvidando, por el hecho de que las nuevas tecnologías han permitido, a partir de cierto momento de los años noventa, que muchas películas que ya no podían exhibirse puedan ahora ser vistas, pues la tecnología del DVD ha permitido que muchas casas productoras que tenían sus películas guardadas hayan vuelto a sacarlas, hayan vuelto a editarlas. Y esto acompañado también de muchos canales de televisión, que ahora están volviendo a programar cosas viejas. Hay, por ejemplo, canales especializados en cine mejicano, y entonces se pueden ver muchas películas de los años treinta, de los años cuarenta y cincuenta del cine de este país. También ocurre que las casas productoras de esa época se han dado cuenta de que tenían un tesoro y entonces han vuelto a editarlo, y cualquiera lo puede conseguir en DVD, de manera que ahora cualquiera que quiera hacer una colección de las películas que ama o de películas de su interés puede hacerla con mucha más facilidad que antes. Todos estos factores reunidos han permitido una gran variedad de programación y la existencia de varias salas con diferente tipo de orientación. Está Confandi, está Comfenalco, está el Hispanoamericano, está la Cinemateca La Tertulia, que ya tiene mucho tiempo, y seguramente estoy dejando de nombrar otras salas importantes que están haciendo exhibiciones, temporales o permanentes, de una gran variedad.



Incluso yo creo que es mucho más variada la exhibición cinematográfica y videográfica de ahora si se la compara con la se tenía en los cine clubes de los años setenta y ochenta. A mí me aterra (por lo demás, ésta es una observación válida en general para la actividad cultural) por qué habiendo tanta oferta cultural en una ciudad como Cali, que en los años ochenta y noventa la considerábamos muerta culturalmente -yo creo que ahora es imposible decir eso-, el público no responda a ella; uno va con mucha frecuencia a estas salas y el público es muy escaso. Yo no sé a qué se debe, pero en los años setenta una conferencia, una película, una exposición de arte, un taller, un seminario, tenían mucha más repercusión pública que lo que tienen ahora esas mismas actividades en la ciudad. Aquí hay cantidad de cosas que pasan en la semana, y muy importantes, de muy buena calidad, pero no trascienden. La opinión pública como que no se entera, como que la prensa misma no le hace suficiente eco. Por ejemplo, aquí pasó un ciclo con películas nuevas de Ingmar Bergman; en los años setenta a ese hecho se le hubiera dado un gran despliegue en la prensa porque Bergman era un icono. Ahora pasó desapercibido, la prensa no lo recogió, no hubo reflexión sobre eso. Me parece que aquí hay un desencuentro entre la variedad de oferta cultural y la respuesta del público. No sé qué esté pasando.

H. T.: ¿Realmente no tienes otra hipótesis distinta a la de la difusión mediática? Por ejemplo, pienso como una hipótesis explicativa, en el hecho de que las formas de diversión, de distracción, tanto individual como colectiva, han cambiado. La gente ve mucho menos, por ejemplo, en una exposición un reflejo de su sensibilidad y al mismo tiempo encuentra una cierta plenitud en otras formas de expresión cultural.

R. Arbeláez: Tienes razón. Eso también es parte de lo que estamos viviendo en este momento. Ahora, a diferencia de otras épocas, creo que el tiempo de ocio está repartido en muchas cosas, y no sólo de tipo cultural o de tipo artístico. Es decir, ahora hay televisión que ofrece una gran variedad de canales, y por lo tanto la oferta en la casa es muy variada. Hay incluso la posibilidad de alquilar películas, de comprar películas, pero además se dispone de una oferta de diversión muy variada, ya no solamente de espectáculos para asistir. Los mismos centros comerciales ofrecen una cantidad de actividades para pasar el tiempo. También la ciudad se ha vuelto más compleja. Una cosa que suceda

culturalmente en el norte para alguien que viva en el sur implica un traslado que a veces es engorroso. Podría plantearse la hipótesis de que la misma evolución urbana ha propiciado la dispersión en una cantidad de actividades no necesariamente culturales, sino de todo tipo -- aunque cultural es todo--; y precisamente esa dispersión hace que no se note una más que la otra.

H. T.: Tenía la idea ligeramente vaga antes de esta entrevista del cine club como una institución un poco anacrónica, algo así como un culto realizado por una serie de personas, de número muy reducido, unidas por una especie de liturgia, cada vez más próxima a la extinción. ¿No crees tú, Ramiro, que a la larga el cine club será una entidad muy marginal, dado justamente el desarrollo de lo tecnológico, o la pluralidad de manifestaciones de tipo técnico que permiten el acceso a todo tipo de cosas?

R. Arbeláez: Sí, yo creo. Incluso la exhibición misma ha cambiado tanto que la tendencia hace pensar que el cine como disfrute grupal, colectivo, de reunión externa en una sala, puede ir desapareciendo. Es verdad que uno nota signos de la tendencia contraria, es decir la de la no desaparición; pero si uno es objetivo, hay que admitir que la exhibición ha cambiado muchísimo. De hecho hay una larga evolución de la exhibición en donde las salas de 500, 600, 800, 1000 espectadores ya no existen. Ahora la gente profesional ni siquiera las llama "salas"; las llaman "pantallas". "*Vamos a tener un sitio con 13 pantallas*", dicen. Yo creo que eso está sucediendo en todos los sentidos. Las pantallas han aumentado, ya hay pantallas en todo lado; en la casa se tienen más pantallas, más televisores, más computadores, un citófono con pantalla, en la portería tienes una pantalla. La pantalla se ha domesticado.

Ya se puede tener una programación a la carta. La nueva televisión no es de *zapping* sino de autoprogramación. Tal cosa ya está ocurriendo en otras partes del mundo. Yo no sé hasta qué punto ese fenómeno va a hacer desaparecer las salas que implican una reunión de un grupo de gente que está asistiendo a un culto, una liturgia, donde hay oscuridad, donde hay disfrute colectivo, donde de alguna manera hay un cierto comportamiento especial, distinto al que uno tiene en la casa, distinto al que uno tiene cuando está viendo una película solo en una pantalla.

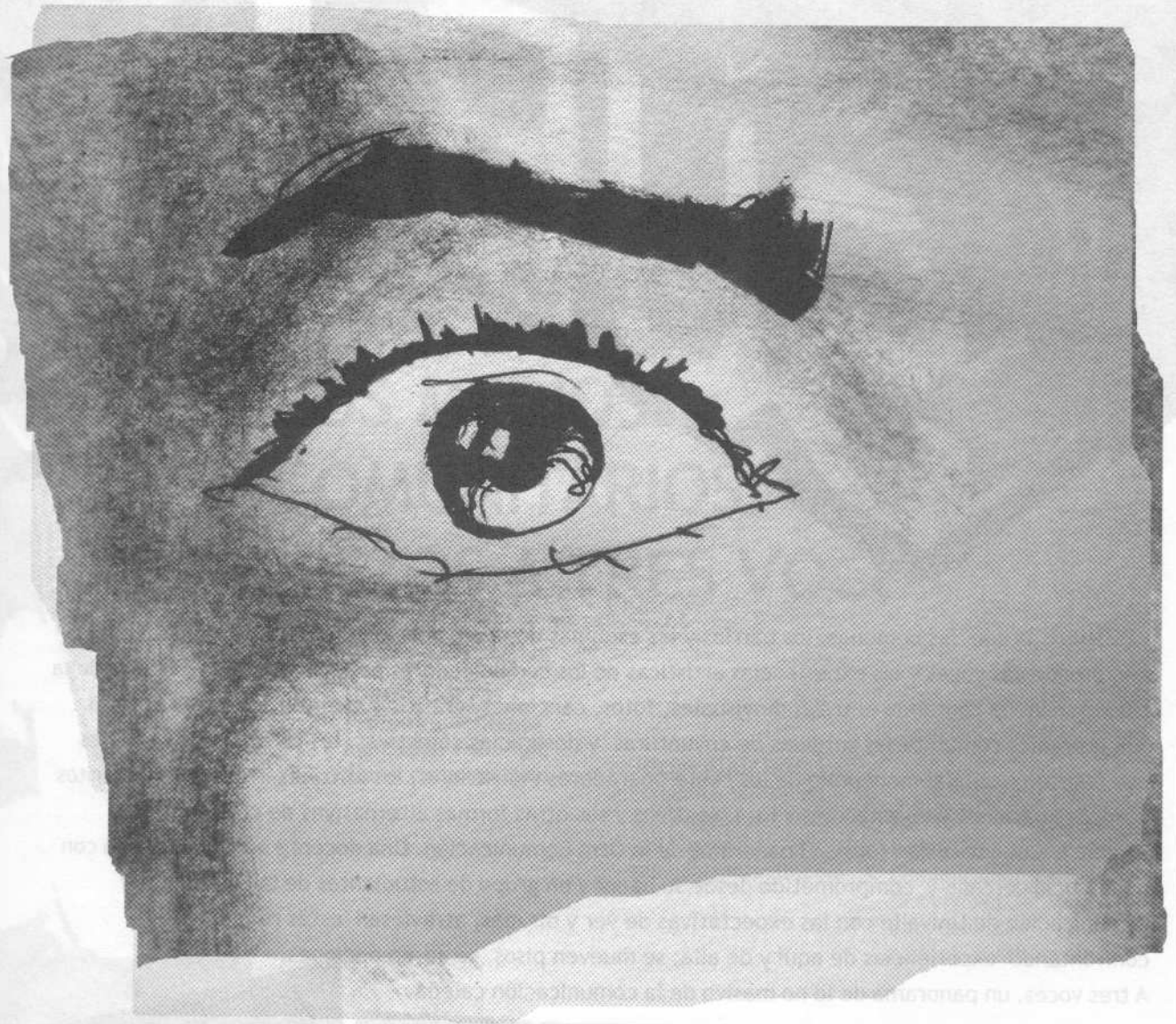
En cierto sentido somos anacrónicos los que todavía queremos formar grupos que se dediquen al culto del séptimo arte, o también a la bibliografía, pues vamos a ser cada vez menos.

H. T.: Sí, pero en el trasfondo de todo lo que estamos diciendo reposa la idea de un cine con fuerza cada vez más creciente, sólo que ha cambiado la forma de consumirlo y la socialización que se crea en torno a esa forma de consumo.

R. Arbeláez: Sí, es cierto. Me faltaba decir, cuando hablé de las posibilidades que daba una casa de intervención cultural como *Lugar a Dudas*, que también aquí hay un acercamiento entre el cine -entendido como el ver una historia en una hora y media, de ficción generalmente- con otra vertiente que es más del ámbito del arte, más del ámbito de los museos y de las exposiciones de arte, que son los videos. Con esto quiero incluir también el video arte. Yo creo que *Lugar a Dudas* es el lugar donde esas dos cosas se están tocando. Allí todo el tiempo se pasan videos que vienen de gente que ha tenido una trayectoria en las plásticas, que no han surgido dentro del cine como industria ni como afición sino de una incursión en lo audiovisual de gente que antes se dedicaba sólo a la parte plástica. Allí está habiendo una unión. Por eso yo he tratado de insistir en cinematografía y videografía; porque quiero incluir una serie de cosas muy interesantes que están pasando en el video arte, o en el video hecho por artistas, para no tener que llamarle tan inapropiadamente "video arte", y que se están exhibiendo en este tipo de casas. En *Lugar a Dudas*, por primera vez en esta ciudad, hay una propuesta de pantalla en la calle: el garaje se convirtió en una gran pantalla donde a partir de las 5:00, 5:30 ó 6:00 de la tarde empiezan a exhibirse videos. Es el proyecto "vitrina", como le llama *Lugar a Dudas*. Esto puede funcionar como pantalla, pero también puede funcionar como una vitrina que expone objetos, o que expone diferentes intervenciones en el arte. Es una propuesta novedosa porque la gente que pasa por la calle de pronto se encuentra frente a una pantalla en la que se está exhibiendo incluso con sonido (porque el sonido sale de algún lugar cerca de la pantalla). Quien pasa puede ver pequeños videos de cinco minutos, de diez minutos, a veces un poco más largos, a veces varios videos. Es una intervención de la pantalla en la calle, como si irrumpiera en ésta. Me parece que experiencias como ésta sólo se pueden adelantar en sitios tan proclives a unir estas dos cosas. Esa evolución es muy dinámica; por eso, de alguna manera, da un poco de miedo que se pueda transformar tanto que algunos vamos a ser anacrónicos. También da un poco de felicidad en la medida en que ese dinamismo puede ser aprovechado para lo que siempre hemos querido ver, tener y hacer. Es algo ambigua, pero muy motivante.

H. T.: A propósito de este tema, y aunque no se relacione de manera directa con el fenómeno del cine club, ¿tú crees que hay en la sociedad un crecimiento tan importante de la imagen que esté dando lugar a un nuevo equilibrio en el que haya una pérdida de lo verbal frente a la nueva fuerza de la imagen?

R. Arbeláez: Yo tengo miedo de eso. Yo quisiera decir que no, que lo verbal va a continuar teniendo esa importancia que siempre ha tenido. De alguna manera la constitución cerebral no puede concebirse sin lo verbal. De hecho, nosotros somos expresión de lo verbal. Pero yo sí siento que los muchachos cada vez leen menos, que se acercan menos a los libros; están cambiando el libro por el audiovisual, en general. Cualquier adolescente llega hoy en día a



su casa y prende el televisor, prende el computador, prende el teléfono celular, y hace las tres cosas al mismo tiempo. Chatea por medio del computador mientras ve un programa de televisión, que seguramente es de música, y habla por teléfono. Yo no sé cómo puede hacer las tres cosas al mismo tiempo. Creo que las generaciones de ahora están mucho más expuestas a fragmentar por pantallas lo que están haciendo. No solamente las horas de estudio, sino las horas de descanso. Me da miedo, pero no sé si el miedo es la expresión de mi inseguridad o de mi anacronismo. Qué haría yo en un mundo sin palabras. Yo no sé qué otras cosas están cambiando. Noto, por ejemplo, que uno es muy poco competente en un video juego; incluso, a pesar de que en algunos momentos he intentado volverme diestro en el manejo de un dispositivo de éstos, nunca he podido ganarle a ninguno de estos muchachos. Siempre ellos responden con mucha más rapidez, leen con mucha más rapidez. Así como cuando uno se enfrenta a un proceso de racionalización de video clips con ellos: lo que ellos ven es una cosa completamente diferente a lo que uno ve.



Investigación y sistematización de algunas de las experiencias locales en los días de comunicación, los responsables de este escrito, reflexionan sobre los resultados de esta labor, intentan rescatar historias -pasadas y presentes- de medios calientes e indagan sobre las posibilidades y expectativas para el futuro en este tiempo.